

Pies descalzos

La gravedad le ha derrotado indiscutiblemente, de eso hará ya quince años, y aún permanece invicta sobre su víctima descalza, blandiendo el estandarte de la manzana caída. Horacio, que así se llama el perjudicado en cuestión, es un hombre que pasa las horas más cerca del suelo que de cualquier otro sitio, y ni que decir del cielo...

Antaño, cuando menos lo esperaba, la acera se tornó en su templo de oración, la catedral de un nuevo mundo, y más allá de sus deseos, ese preciso acerado de carne gris y enteca se bautizó a sí mismo como su único hogar.

Las mañanas, a partir de las siete y media, cientos de pies inquietos invaden presurosos el pavimento, ése al que Horacio gusta de llamar “el tapiz de mi morada”, y la franja horaria que comprende hasta las nueve y cuarto se debate en un ir y venir de zapatos acelerados, semejantes al de marionetas a las que hubieran dado más cuerda de lo necesario; a éstas sin embargo, no es la gravedad sino su trabajo lo que les atrae categóricamente en su frenético devenir.

Es lunes, y como uno más, Horacio se dispone a entregarse manos a la obra, aunque su labor es bien distinta al de los transeúntes que le rodean y carece de horarios, eso sí, no existe en el mundo jefe más despótico que al que se halla subordinado: se trata de una fémica, cruel como ninguna, y a la que se le marcan demasiado las costillas bajo ese traje de ejecutiva. Su nombre es Hambre, y corren malos tiempos para mantenerla a raya. Pero tampoco hay que desanimarse, Horacio es un buen profesional y ella se muestra cuasi satisfecha, tanto es así que su empleado conserva el trabajo con nómina fija, pese al maldito salario inconstante y las broncas intermitentes de su tripa.

Este particular asalariado y “cieneurista” trabaja desde casa, resulta algo monótono aunque sin duda comporta sus ventajas. Viste unos calcetines con más agujeros que tela, y en su despacho a mitad de calle tan sólo se puede encontrar una gorra, una suerte de sombrero ennegrecido que nadie en su sano juicio osaría tocar, y mucho menos calarse. Éste reposa frente a sí, boca arriba, como el pozo más baldío y reseco, el pozo de los deseos sin embargo para los espíritus más idealistas y desprendidos, aquéllos que optan por depositar allí su sueño atrapado en una moneda. “¡Benditos sean...!”. Estas almas en peligro de extinción las suele reconocer de inmediato por sus tenis desgarrados, sus coloridas sandalias atadas al tobillo, sus bambas mal abrochadas, y en otros tantos casos, por esos pies ajados de mujer viuda enfundados en sobrios mocasines ortopédicos (aunque a veces sólo lo sean en aspecto) y que portan sin distinción en cualquier época del año; estas últimas, para Horacio son como pseudoángeles marchitos, y con cada moneda que arrojan cumplen con su moral impoluta, más aún si cabe que con la propia caridad en su estado puro. De igual modo, él se siente en deuda eterna con estas criaturas excepcionales.

Otros, en cambio, la mayoría de los que visitan su oficina, deben percibir su gorra como lo que es, un insalubre nido de pulgas y gérmenes, y se limitan a desviar ligeramente el rumbo de sus pasos, temerosos de que su integridad de colonia y jabón se vea amenazada a proximidad de su persona. Esta particular jauría, ni decir tiene que porta calzados exclusivos, de marcas consagradas y a juego con sus también exclusivos precios: cueros refinados, suelas impecables, charol brillante, tacones de aguja... Y en cualquier caso, coinciden en el denominador común de un lustrado relamido.

El sonido al pisar el tapiz recuerda al de los predadores que salen de caza, tan seguros de sí mismos que poco importa ya si su presa les escucha o no, se saben perdidas de

antemano. De ellos, Horacio recibe miradas esquivas que afortunadamente sólo intuye, pues desde que la gravedad le absorbió no recuerda ni percibe de nadie más allá de sus zapatos, su mirada no se alza por encima de los tobillos, que se han consumado como el skyline de su horizonte singular.

Por último, están los que calzan limbo e indiferencia. Para ellos, aquel hombre de la gabardina cuarteada y los calcetines rotos, simplemente acontece como un fantasma que vaga en otro plano; les es tan ajeno que Horacio se siente transparente ante el tránsito flemático y el arrastrar característico de sus suelas, que diríanse pegadas al suelo. Durante largo tiempo se preguntó quién encarnaba ahí al verdadero espectro, si ellos o él, luego sencillamente dejó la cuestión aparte y no le dio más transcendencia, pues llegó a la conclusión de que jamás serían sus clientes.

En cuanto a su otra vida, la que debió ser más allá de los zapatos, donde los ojos de sus semejantes todavía existían y hasta se cruzaban con los suyos propios, poco o nada recuerda, ni tampoco hace el esfuerzo por rebuscar en su memoria, algo le dice que terminaría con su cordura de un hachazo y para su mala suerte, perdió la valentía en sus primeras noches a la intemperie...Alguien se acerca a su despacho.

Es un lunes de otoño como otro cualquiera, son más de las diez de la mañana y el ritmo de sus huéspedes al fin se ha serenado. Aguarda atento a la expectativa del transeúnte en cuestión, muy a su pesar resuelve de inmediato que se trata de una altiva integrante de esa raza malnacida de arrogantes peatones; niega con la cabeza al confirmar unos tacones de vértigo que no engañan, y unos tobillos demasiado finos envueltos en elegantes medias de color perla. Horacio no ha perdido sus instintos, y

calcula una talla de pie 39, la presiente pues como una mujer alta, de esbelta silueta y piel pálida, es lo más que puede decir... cabello, ojos... se hallan fuera de su alcance.

Advierte la sofisticación de esos zapatos italianos de color beige que se aproximan tras dos habitantes del limbo, los cuales, como de costumbre, no denotan su presencia. Casi llega el momento en que el rumbo de la predadora se desviara inevitablemente. No obstante, para su sorpresa ésta no acelera ni desvía, por el contrario ralentiza su paso. Horacio improvisa una explicación coherente: la mujer busca algo en su bolso, ya sea un pintalabios extraviado o el móvil que vibra, y ello entorpece su inminente huída, apenas un breve receso.

Quedan un par de pasos para que encuentre su pozo de los deseos y salga despavorida, la mujer sigue sin reaccionar, “¿acaso se encuentra mal?”, baraja el hombre descalzo. Ahora la desconocida se ha detenido justo enfrente de su puesto de trabajo y debe andar leyendo el reclamo que reposa junto a su sombrero, un cartón que recuperó del cubo de la basura y que reza ahora con letras mal garabateadas en tinta negra:

“Una moneda por un sueño, ¿me ayudan? Necesito zapatos para este invierno”

Su exquisito perfume alberga la certeza de una rotunda desbandada, mas Horacio vuelve a fallar en sus predicciones y una mano, tan pálida como intuía y con las uñas esmaltadas en nácar, desciende suave hasta la gorra donde deposita algo en su interior. Tras lo cual la mujer se yergue, juraría que no se decide a marchar del todo y vacila por unos instantes, segundos en los que Horacio no atina ni a articular las gracias.

Finalmente, la extraña reanuda su camino en silencio con su ritmo acelerado.

Horacio se sume en la contemplación de esos pasos que se alejan perfectos, marcando a cada redoble de tacón un rastro único en el tapiz acerado.

Incapaz de apartar la mirada, hace ya tiempo que la misteriosa dama se ha perdido en el gentío, pero su trazo ha dejado surcos en el lienzo de la calle, poco importa si su moneda no alcanza siquiera al céntimo. De repente, el tintineo generoso de un euro al caer regresa su atención al trabajo, ante todo profesionalidad, y el hombre agradece con un murmullo malherido a la joven pareja de vaqueros y chanclas por su amable contribución. El mendigo escucha el beso que la joven planta orgullosa en la mejilla de su amado, adivina la sonrisa de su benefactor, y ambos abandonan su oficina con el pisar de sus suelas de goma.

Al hombre descalzo le invade la imperiosa curiosidad por asomarse al pozo pero cae en la cuenta de que no se atreve a mirar, quizás sienta miedo de averiguar lo que pueda haber depositado ella, y el filo de la decepción oscila vertiginoso buscando su yugular; es bien sabido que en la mayoría de los casos, soñar se esboza como la opción menos acertada cuando la realidad se impone tan a menudo.

Un rugido de su estómago le trae noticias urgentes de su patrona, y es que Hambre resulta una jerarca implacable, más allá de cualquier ensoñación. El miedo pues se desvanece ante el azote de su látigo y Horacio se hace sin demora con su gorra deslucida. El cómputo total asciende a 2,86 euros, una cantidad nada despreciable para un lunes a las diez y veinte de la mañana. Pero a parte del ensortijado de monedas esparcido en el fondo, sus dedos semienguantados en mitones centenarios, se topan con algo más, y el corazón que de repente le da un vuelco.

Es viernes, son las ocho menos cuarto, y Horacio espera con impaciencia. Desde el lunes, los días han transcurrido eternos. Da vueltas al objeto que introdujera la mujer de los zapatos italianos color beige y los dedos de sus pies se retuercen nerviosos en su

envoltorio de tela raída. El papel satinado que manosea aparece lleno de huellas del hombre, ha pasado los días mirando y remirando los rostros retratados en semejante fotografía donde no hay zapatos ni tobillos, sólo caras, expresiones jóvenes que se pierden en la bruma de tiempos pasados.

En el centro de la fotografía, uno de esos rostros destaca de entre todos, el suyo propio, en él no hay barba, ni greñas, ni ojeras... sino futuro, un gran futuro lleno de ilusiones.

Horacio suspira y sus manos tiemblan, da la vuelta a la foto y relee la nota de una caligrafía perfecta:

“Pepe, Leandro, Sandrita, Mercedes, Rubén, Lucía y Horacio. Los siete juntos en el Café Montparnasse. Este viernes a las ocho, donde tu sombrero.”

Les recuerda a todos y cada uno de ellos, como imágenes vívidas y certeras que se clavan en el presente, más nítidos de lo que se hubiera atrevido a sospechar, y ese sentimiento duele. Son sus compañeros de la facultad, los mejores amigos que jamás pudiera nadie encontrar, y descubre impotente cómo se habían borrado de su memoria por casi dos décadas, junto al resto de recuerdos y personas de su otra vida, ésa en la que todavía esgrimía un futuro prometedor en la mirada, la misma que aparece retratada.

Deshecha por un momento la fotografía y su contenido, y a escasos minutos de la hora señalada se siente tentado de huir y abandonar su hogar en la esquina para evitar lo que quiera que se avecina. El vértigo de no conocer su propia imagen presente, el extravío del éxito y la caída a la nada, abochornan sus rasgos, ignorantes a los aullidos coléricos de su patrona, a la que ha mantenido bajo mínimos desde que recibiera la visita de la misteriosa mujer con su regalo agridulce.

El invierno se acerca, y su cartel tiembla a merced de un viento indeciso entre estaciones. El ruido inconfundible de unos tacones italianos alienta un mar de incertidumbre y palpitaciones en el maltrecho cuerpo del mendigo, que se queda muy quieto. Hay algo más que tacones, hay suelas firmes y tapas que marchan a la par acercándose inminentes, toda una comitiva que se aproxima como un batallón de fusilamiento, dispuestos a disparar directo al pecho de Horacio, sin piedad.

No hubo indulto para el mendigo del cruce entre calles, fueron seis los balazos mortales que recibió, todos ellos de un plomo inclemente que acabaron hasta con su gorra, ese infortunado pozo de los deseos.

Cuando Horacio divisó ante sí seis pares de zapatos, todos ellos distintos y con sus puntas amenazantes, se sintió incapaz de levantar la vista, aun cuando la situación lo requería. Y ésta quebró finalmente entre lágrimas porque no hizo falta que la alzara, fueron ellos, los recién llegados, los que se arrodillaron frente a él y le buscaron los ojos entre legañas y olvido, en algún sitio de su cara donde ni él mismo se acordaba de que existían.

- Al fin los siete juntos.- pronunció emocionada la voz de Lucía, la misteriosa mujer de los zapatos beige de la que se desprendía aquel aroma refinado. A su lado, un también conmovido Leandro, con algunas canas que los años le habían otorgado, depositó a sus pies una caja de cartón, casi rozándole los calcetines agujereados.

- Nos ha costado mucho encontrarte, pero nunca perdimos la esperanza...- El descalzado mendigo abrió la caja con sus dedos agarrotados y un nudo en la garganta, un nudo que le atrapó el alma al revelar su contenido: un par de zapatos de piel para el invierno.

Entre abrazos, Horacio fue muerto y resucitado. Sus seis amigos, a los que perdiera de vista hace años cuando abandonara la facultad, y antes de que su vida se sumiera en la más absoluta de las miserias, le estrechaban entre lágrimas, rescatándole de su piel mendigo, y nunca mejor dicho, como un niño con zapatos nuevos.

Todos ellos se encargaron de despedirle de su trabajo, jamás volvería a ser siervo de Hambre, y nadie mejor que Horacio para dependiente en la zapatería de Leandro y Mercedes, la pareja que poco tiempo después que él también renunciaron a la facultad para casarse e inaugurar un negocio en el que Horacio se erigía como todo un experto.

Ha pasado un año desde entonces, y todos los viernes sin falta los siete amigos se reúnen en el Café Montparnasse. Lo que más le sigue costando a Horacio es atisbar a los ojos de la gente, y algún día, sus amigos esperan que sea capaz de divisar el cielo, y dibujar sonriente el skyline del horizonte de una ciudad que perdiera hace años y que tras tanto en el suelo vuelve a encarnar su hogar. Horacio al fin es libre de la gravedad.

Lema: Cienfuegos